



# ORFEO

## EL PODER ENCANTADOR DE LA POESÍA Y LA MÚSICA

*Por Norma Novoa*

**E**n tiempos remotísimos, un hermoso joven llegó hasta el claro de un bosque, elevando su rostro hacia los rayos del Sol, que graciosamente lo iluminaba, cantó. Y los cercanos árboles desempolvieron sus raíces avanzando, lentamente, sobre la espesura. Los amenazantes animales, comenzaron a dibujar en sus rostros gestos amables y serenos. Y los vientos, con voces cálidas, acariciaban el mundo creado por los dioses. Y aquel canto llega hoy hasta nosotros. Orfeo, es el divino cantor que, mediante su canto, comunica a hombres, animales y vegetales los atributos de lo sagrado. Es un mensajero del Ser más profundo: DIOS

Es cierto que, generalmente, cuando hablamos de Grecia, recordamos su antiguo esplendor, sus grandes filósofos, sus monumentos, pero siempre tratándola como una gran leyenda. Sin embargo, hay algunos de sus personajes que generan una suerte de maravilla, de secreta admiración y anhelo. Tal es el caso del poeta mítico que hizo que sus territorios y ciudades

pasaran a formar parte de la más atractiva de las leyendas de todos los tiempos. Su nombre es *Orfeo* y su más valioso protagonismo ha quedado recogido en poemas religiosos, en óperas clásicas, en himnos, en la filosofía, la tragedia, la épica, la pintura. Todas las religiones y creencias en occidente, aparecen, en cuanto a su origen, revestidas de cierta influencia órfica. Por todo esto, cobra gran importancia la figura de Orfeo, el gran sabio tracio.

Los testimonios más antiguos coinciden en resaltar el carácter fascinante y encantador de la voz y la lira de Orfeo. Los poetas y autores trágicos destacaron algunos rasgos de su poder musical que han llegado a ser proverbiales, como su capacidad de encantar a los animales hasta conseguir calmarlos o, incluso, de arrastrar tras de sí a los seres inanimados como a piedras y también a los árboles: “*Con su bello canto innumerables pájaros sobrevolaban su cabeza y del agua azulada saltaban los peces*” (Simónides).

Existen las más diversas versiones sobre el nacimiento de Orfeo, aunque la mayoría de las fuentes afirman que su padre fue el Señor de la Luz, el dios *Apolo*, lo cual es más coherente con la devoción de Orfeo por este dios, que también es el Señor de la música. En donde, prácticamente, todas las versiones coinciden, es en sostener que su madre fue la gran *Musa* de la elocuencia, la bella *Calíope*, la misma que guiaba al resto de

sus compañeras y, al decir de los narradores clásicos, era la protectora de la poesía épica y la inspiradora de todo lo lírico y hermoso que encierran las palabras. Estos narradores cuenta también, que el saber de los Dioses, sus anuncios y sus revelaciones, nos llegan de una divinidad particular: la Musa, o las Musas en plural, porque son una y varias a la vez; consideradas como las *diosas de la Verdad*, los rapsodas y poetas se llaman a sí mismos “sus servidores” y les entregan su total y sincera devoción. Ellas son “*la Voz Divina*” cuya misión es pregonar y alabar la magnificencia celestial a través del canto y el lenguaje elevado, pues la esencia del mundo se revela en el cantar y el buen decir. Al respecto, dice Platón en sus Diálogos “*La Musa, por acción propia inspira a determinados individuos; luego, por medio de esos inspirados, otros llegan a disfrutar del entusiasmo de esa inspiración, formándose de ese modo la cadena*”. Y el hijo de la Musa Calíope funde su voz con el instrumento del melódico hechizo. Entonces, nace el canto, que encanta a las fieras. Y los árboles y las rocas quiebran su reposo. Y adquieren un inesperado movimiento para seguir la expansiva brisa de los sonidos musicales.

Lo divino, es lo que abre al alma a la máxima plenitud, a la más alta realidad. El canto órfico abre a la realidad universal, a la vida colmada por las variadas familias de sonidos. Nos cuentan los narradores que el espíritu del canto anuncia la realidad

de Dios, porque el canto es Su voz, por ello podemos acercarnos, en nuestra medida, a lo divino al participar del canto, pues éste eleva a su reino lo sagrado y lo eterno. El canto de Orfeo es la Voz Divina que suena en lo que necesita ser cantado, el ser universal. Observamos que en todas las culturas, la música es la expresión más clara de una realidad universal y sublime del movimiento compuesto sin fin. En cada sitio del espacio emergen sonidos que se integran con otros generando infinitas combinaciones. La naturaleza misma, es una realidad divina, con divina música, cuando canta el poder creador de esas combinaciones infinitas. Orfeo, no es sólo guardián de una naturaleza como omnipresencia del sonido: es el hijo de la musa Calíope, descendiente directa de Zeus, de quien recibe el don del canto divino. Y su voz es mensajera del universo de las combinaciones inacabables. Él ha sido una fuente de inspiración constante para los creadores y artistas de todas las épocas. Desde la misma antigüedad griega, que incorporó la figura de Orfeo a la filosofía, la tragedia, la épica, la pintura, pasando por distintas inspiraciones de grandes poetas, la historia de Orfeo ha conocido múltiples recreaciones que han despertado un interés enorme por el personaje, marcando influencias en la formación de otras religiones y, fundamentalmente, el cambio radical que la figura de Orfeo y el orfismo han producido en el

pensamiento y la filosofía griega es: la introducción de la noción de la *Inmortalidad del alma*.

El mito órfico es uno de los más oscuros y cargado de simbología de cuantos registra la filosofía helénica. Pero, ¿en qué se basa la fascinación que Orfeo ha proyectado a lo largo de todas las épocas? Por un lado, la enorme atracción que siempre ha ejercido el relato que explica su dramática y apasionada relación con *Eurídice*, nombre que deriva de *Eurudike*, que quiere decir “*aquella cuya justicia (Dike) se extiende ampliamente*”; otro punto importante es su descenso a los Infiernos: al decir de los poetas, en tan lúgubre lugar encantó con la dulzura de su voz a las divinidades infernales, las hizo sensibles a sus dolores y obtuvo de ellas que su mujer volviese a la vida, con la prohibición de no mirarla hasta hallarse fuera del Infierno.

De manera casi imperceptible se identifica el poder de su música con la fuerza de su palabra; sus palabras fueron consideradas como don persuasivo que, todos querrían poseer.

Él era un “*Rapsodo*” o “*Rapsoda*” (en griego significa “*tejedor de cantos*”). Los cantores eran muy importantes en toda la Hélade, pues gracias a ellos se realizaba en gran parte la “*Paideia*” (aquello que atañe a su educación). La poesía abarca tanto la música como la palabra, y por ello resultaba clave en la formación de los niños, pues desde pequeños eran instruidos

en el ritmo, la armonía y los mitos, para ubicarlos en la disciplina, en la belleza y en la justicia.

A las historias de los dioses y de los grandes héroes, el poeta acompañado de su lira, constantemente cantaba, representándolos en su naturaleza inmutable, simple y buena, libres de las contradicciones propias de los hombres. Él ofrecía su canto formando versos hexámetros y tan dulces y armoniosos eran que, se dice de él que inclusive sin cítara o lira, era ya de por sí un canto maravilloso. Muchos de estos cantos formaron parte de los himnos que se recitaban dentro del ritual sagrado, con canto llano y en forma coral combinando las voces con la lira que daba el tono dominante de la música. Además, al canto y a la música se unía la ceremoniosa danza planetaria (circular o laberíntica) parte fundamental del ritual religioso. Los himnos órficos condensaron en su época todo el mensaje espiritual del poeta.

La música de Orfeo, junto con su poesía y la danza dionisiaca, estaban conforme al orden sagrado. Su canción utilizaba un lenguaje divino y su palabra era ajena a la desgracia, sus cantos eran verdaderas plegarias para los dioses y enseñanzas para los hombres. *“El verdadero músico y poeta es aquel que logra inflamar el deseo por lo divino a quienes lo escuchan. Y este verdadero poeta no puede ser otro sino el filósofo...”* (Platón)

Se dice que Apolo le regaló una lira con siete cuerdas, y que el propio Orfeo añadió dos cuerdas más a este instrumento, con lo que logró sacar unos sonidos y unas melodías que amansaban a las fieras, también se cuenta que fue el inventor de la cítara. El canto que acompañaba a la suave música que emanaba de sus instrumentos, tenía la particularidad de hacer que los árboles y montes acogieran y protegieran al joven poeta de cualquier peligro que pudiera sobrevenirle.

Con su música era capaz no sólo de calmar a las bestias salvajes, sino incluso mover árboles, rocas y detener a los ríos en su curso. La leyenda ha recogido incluso unos hechos tan líricos, como aquellos que narran la historia del robledal de Tracia, en el que los árboles que lo componen danzan, hasta el día de hoy, por efecto de la melodía que salió de la lira del bello Orfeo, en un día ya muy lejano.

Se cuenta también, que hasta los humanos se sentían mejor, y su carácter se dulcificaba, cada vez que escuchaban los serenos sonidos que salían de los instrumentos de Orfeo.

Música y poesía se han fundido a través de los tiempos, en la cítara y en la lira que él perfeccionó dotándola de nueve cuerdas en honor a las nueve Musas pues, Orfeo mismo ha sido engendrado por una de ellas. Su lira especial con su sonido abarca el Universo. Cada cuerda responde a un modo del alma humana, contienen la ley de la ciencia y del arte.

Como todos los pueblos antiguos, Grecia tuvo su geografía sagrada en la que cada región se convertía en el símbolo de una parte meramente intelectual y otra de puro espíritu. Tras Grecia, estaba Tracia, considerada por los griegos como el país santo por excelencia; porque sus altas montañas contenían los más antiguos santuarios de Urano, de Cronos y de Zeus. De allí habían descendido la poesía, las leyes y las artes sagradas.

En los templos de entonces, la historia no se escribía sino alegóricamente. Era más importante la doctrina y la obra que el individuo. Por ello va ser tan importante la luz con que ha de resplandecer Orfeo, cuya alma vibró de amor en sus profundidades por el Eterno que vive y palpita bajo una triple forma: en la Naturaleza, en la humanidad, en el Infinito cielo. La adoración de los santuarios, la tradición de los Iniciados, el grito de los poetas, la voz de los filósofos atestiguan su viviente realidad. Este joven, de raza real y seducción maravillosa, al que se tenía por hijo de Apolo, hablaba de los dioses con un ritmo nuevo e inspirado. A menudo, los mortales fueron librados del ataque de agresivas fieras que, al oír la música emanada de los instrumentos, manejados con asombrosa maestría por el músico, en seguida abandonaban sus cuevas y guaridas y se volvían al propio tiempo, dóciles y mansas. Como dice el poeta Ovidio: *“Suavizaba Orfeo, por la dulzura de su canto, a los animales, los árboles y las rocas”*.



El lenguaje de Orfeo no silencia todavía el rumor sonoro de la vida, sino que él mismo aun, acompaña e intensifica este rumor. Y esto ocurre posiblemente porque en su voz escuchamos una intensificación de las voces del viento o de las aves. Quizá el árbol y las rocas se mueven y experimentan una nueva vida, al recibir la expansiva música que les regala el canto órfico. Pues este canto no es sólo prolongación de la naturaleza, es también canto divino. El viento nunca repite la misma entonación de silbidos, el río que fluye nunca emite una idéntica sucesión de murmullos. La música es la expresión más clara de una realidad universal y divina de un movimiento compuesto sin fin. En cada sitio del espacio emergen sonidos que se integran unos con otros, en nuevas combinaciones. Orfeo, descendiente de Zeus, de quien recibe un don divino: *su canto, mensaje de la revelación divina*. Como poeta y músico que es, canta la historia de los Dioses y de esta manera nos conduce al conocimiento supremo. Orfeo está vinculado con Apolo y con Dioniso; con el primero como expresión del mundo de la realidad, es decir del mundo divino, por eso se lo llamó teólogo y primer filósofo. El vínculo de Orfeo con Dioniso se da sobre todo con la música, él como cantor apolíneo produce con su lira un apaciguamiento y embelesamiento, que al igual que Dioniso, produce cambios en el alma de quien lo escucha, debido a la visión divina que arrebató, una fuerza entusiasta que posee un movi-

miento ascendente, que es el propio entusiasmo poético: Apolo, Dioniso, Musas, el poeta, el rapsoda, el espectador y, finalmente, Orfeo.

*Por la Prof. Norma Novoa  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---